



www.loqueleo.santillana.com

Título original: GOING SOLO

© Del texto: 1986, Roald Dahl Nominee Ltd

© De la traducción: 1988, Pedro Barbadillo

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-072-5

Depósito legal: M-37.956-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: junio de 2016

Más de 11 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



VOLANDO SOLO DROALD DAHEL

loqueleg

*En recuerdo de
Sofie Magdalene Dahl
(1885-1967).*



Haifa, Junio 1941

Una vida se compone de un gran número de pequeños sucesos y un pequeño número de grandes sucesos. Por ello, una autobiografía debe ser, para que no se vuelva aburrida, extremadamente selectiva, desechando cualquier peripecia inconsistente que le haya sucedido a uno y concentrándose en las que han permanecido vivas en el recuerdo.

La primera parte de este libro retoma mi propia historia, justamente donde se quedó mi anterior autobiografía, que se tituló Boy. Me dirijo, para desempeñar mi primer trabajo, a África oriental, pero, como sucede con cualquier trabajo, aunque sea en África, no siempre resulta fascinante. He intentado seleccionar lo más posible y solo he narrado los acontecimientos que considero notables.

En la segunda parte del libro, que se refiere al tiempo que estuve volando con la RAF durante la Segunda Guerra Mundial, no hubo necesidad de seleccionar o eliminar nada, porque cada acontecimiento fue, al menos para mí, totalmente fascinante.*

R. D.

* Royal Air Forces, Reales Fuerzas Aéreas (N. del T.).



África oriental

La travesía

El barco que me llevaba en el otoño de 1938 de Inglaterra a África se llamaba el SS Mantola. Era un viejo cascarón pintado, de 9.000 toneladas, provisto de una única y alta chimenea y de un motor trepidante que hacía que las tazas de té tintinearán en sus platos en la mesa del comedor.

11

El viaje desde el puerto de Londres a Mombasa duraba dos semanas y durante la travesía íbamos a recalar en Marsella, Malta, Port Said, Suez, Port Sudán y Aden. Hoy día se puede volar a Mombasa en pocas horas, sin hacer escala en ningún sitio, y ya nada resulta fantástico, pero en 1938 un viaje como ese estaba salpicado de escalas y el África oriental se hallaba muy lejos de casa, especialmente si tu contrato con la Compañía Shell estipulaba que debías permanecer allí durante tres años seguidos. Cuando salí tenía veintidós años. Antes de que volviera a ver a mi familia tendría veinticinco.

Lo que aún recuerdo claramente de aquella travesía es el comportamiento singular de mis compañeros de viaje. Nunca me había tropezado antes con esa peculiar raza de ingleses, forjadores del Imperio, que se pasa toda la

vida trabajando en lejanos rincones del territorio británico. No deben olvidar que en los años treinta el Imperio británico era aún el Imperio británico y que los hombres y mujeres que lo hacían marchar eran de una raza con la que la mayoría de ustedes no se ha tropezado nunca y ya nunca podrá hacerlo. Me considero muy afortunado por haber podido tener una visión fugaz de esa rara especie, mientras aún vagabundeaba por los bosques y senderos de la tierra, porque hoy está totalmente extinguida. Más ingleses que los ingleses, más escoceses que los escoceses, constituían el grupo de seres humanos más locos que he conocido nunca. En cierto sentido, hablaban un idioma propio. Si trabajaban en el África oriental, sus frases aparecían salpicadas de palabras *swahili* y, si vivían en la India, entremezclaban toda clase de dialectos. Al mismo tiempo, existía un completo vocabulario de palabras de frecuente uso, que parecía ser común entre toda aquella gente. Así, por ejemplo, una bebida por la tarde era una «puesta de sol». Una bebida a cualquier otra hora era un *chota peg*. La esposa era la *mensahib*. Echarle un vistazo a algo era un *shufti*. Por eso, lo que resultaba ciertamente curioso era que, en la jerga de la RAF en el Oriente Medio, a un avión de reconocimiento se le llamaba, durante la última guerra, una cometa *shufti*. Algo de poca calidad era *shenzi*. La cena era *tiffin*, y así sucesivamente. La jerga de los forjadores del Imperio podría haber llenado un diccionario. Todo aquello era maravilloso para mí, un muchacho pueblerino metido de repente en medio de aquel puñado de tipos robustos y tostados y de sus agudas y



PIGEON VOYAGE
PAQUEBOT DU MESSAGERIES MARITIMES

Mrs. S. Bell.
Ashwood.
Exley.

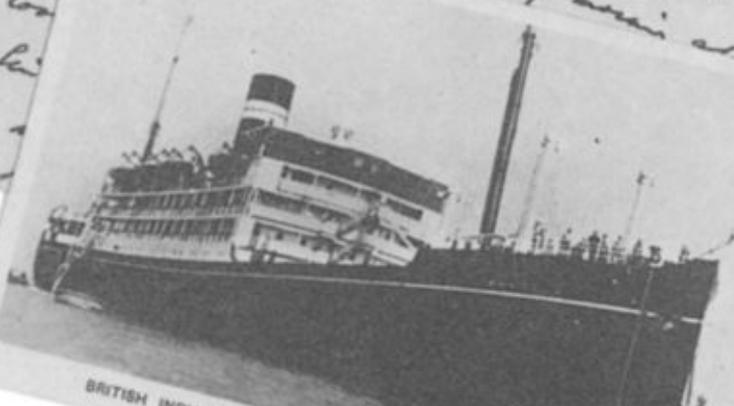
AND
EN



St. Neotla
Saturday morning.

Dear home

We've had a newwallow journey.
Fairly calm in the Bay of Biscay (at least I
wasn't sick) Then as soon as we came
to the Spanish coast the sea came out,
and it has stayed out ever since. We
passed Gibraltar Saturday evening at 1
o'clock.



BRITISH INDIA S. M.

huesudas mujercitas, y lo que más me gustaba de todos ellos eran sus excentricidades.

14 Parecía como si, cuando los británicos viven durante años en un clima inhumano y sudoroso, entre gente extraña, conservaran su sano juicio al permitirse ellos mismos ser ligeramente extravagantes. Practicaban costumbres caprichosas que nunca serían toleradas en su patria, mientras que en la lejana África, en Ceilán, en la India o en los Estados Federados de Malaya podían hacer lo que les viniera en gana. En el SS Mantola, cada uno, o cada una, tenía su rareza especial y, para mí, la travesía fue como disfrutar de una ininterrumpida representación teatral. Permítanme que les hable de dos o tres de aquellos comediantes.

Yo compartía mi camarote con el gerente de una fábrica de algodón del Punjab, llamado U. N. Savory (apenas podía creer que tuviera esas iniciales cuando las vi por primera vez en su baúl), y ocupaba la litera superior. Por eso, desde mi almohada divisaba por el ojo de buey la cubierta de los salvavidas y, más allá, el ancho mar azul. El cuarto día de travesía me desperté muy temprano. Yo estaba tumbado en mi litera mirando perezosamente por el ojo de buey y oyendo los apacibles ronquidos de U. N. Savory, que dormía debajo de mí. De repente, cruzó precipitadamente por delante del ojo de buey la figura de un hombre desnudo, desnudo como un mono de la jungla, y desapareció. Apareció y desapareció en completo silencio y yo permanecí tumbado, preguntándome si habría visto un fantasma o una visión o, quizá, un espectro desnudo.

Un minuto o dos después, la figura desnuda volvió a pasar.

Esta vez me incorporé bruscamente. Quería contemplar mejor aquel fantasma morondo del amanecer, así que me arrastré hasta los pies de mi litera y asomé la cabeza por el ojo de buey. La cubierta de los botes salvavidas estaba desierta. El Mediterráneo azul lechoso estaba en calma y en el horizonte comenzaba a aparecer un sol amarillo brillante. La cubierta se hallaba tan vacía y silenciosa que pensé seriamente si no habría visto, después de todo, una auténtica aparición, quizá el alma en pena de algún pasajero que hubiera caído por la borda en un viaje anterior y que se pasara su vida eterna corriendo sobre las olas y volviendo a encaramarse en su barco perdido.

15

De pronto, observé desde mi atisbadero un movimiento al fondo de la cubierta. Entonces se hizo visible un cuerpo desnudo. Pero no era ningún fantasma. Era de carne y hueso y el hombre se movía velozmente por la cubierta, entre los botes salvavidas y los ventiladores, sin hacer ningún ruido, mientras se acercaba corriendo hacia mí. Era bajo, rechoncho, ligeramente barrigudo en su desnudez, y lucía un gran bigote negro. Cuando estuvo a unos veinte metros de distancia, vio mi estúpida cabeza asomada al ojo de buey y me saludó con un brazo peludo, diciéndome:

—¡Venga, muchacho! ¡Venga y eche una carrerita conmigo! ¡Hinche sus pulmones con aire del mar! ¡Póngase en forma! ¡No sea perezoso!

Solo por el bigote reconocí en él al mayor Griffiths, un hombre que la noche anterior me había contado durante la cena que había pasado treinta y seis años en la India y que regresaba de nuevo a Allahabad tras el acostumbrado permiso en casa.

16

Sonreí débilmente cuando el mayor pasó brincando, pero no me retiré. Quería verle de nuevo. Había algo que resultaba casi asombroso en la forma en que correteaba desnudo alrededor de la cubierta, algo sorprendentemente inocente y desenvuelto, campechano y amistoso. Y allí estaba yo, con mi juvenil autosuficiencia, mirándole a través del ojo de buey y desaprobando lo que hacía. Pero al mismo tiempo le envidiaba. En realidad me sentía celoso de aquella actitud suya de no importarle nada un ardite, y me hubiera gustado tener arrestos suficientes para salir y hacer lo mismo. Quería ser como él. Deseaba ardientemente tener el valor de despojarme del pijama y lanzarme desnudo a la cubierta y que se fuera al infierno quien me viera. Pero ni en un millón de años hubiera podido hacer aquello. Esperé a que volviera a pasar.

¡Ah, allí estaba! Allá lejos, en el extremo de la cubierta, estaba el intrépido mayor corretón, al que le importaba todo un bledo, y se me ocurrió entonces decirle esta vez algo, para demostrarle que yo «era de los suyos» y que ni siquiera me había percatado de su desnudez.

¡Pero, espera un minuto...! ¿Qué era eso...? ¡Había alguien con él...! ¡Había otro tipo corriendo a su lado...! ¡Y tan desnudo como el mayor...! ¿Qué demonios estaba pasando en este barco...? ¿Es que todos los pasajeros varones se le

vantaban al amanecer y se lanzaban a correr por cubierta sin ninguna ropa...? ¿Se trataba de algún ritual de desarrollo corporal de los forjadores del Imperio que yo desconocía...? Los dos se acercaban a mí... ¡Dios mío, el segundo parecía una mujer...! ¡Una mujer desnuda, tan en cueros como la Venus de Milo...! Pero ahí terminaba el parecido, porque observé que aquella figura desnuda de piel blanca no era otra que la propia esposa del mayor Griffiths... Me quedé helado en el ojo de buey y mis ojos quedaron fijos en aquel adefesio desnudo que corría tan orgullosamente al lado de su empelotado marido, con los codos doblados y la cabeza levantada, como diciendo: «¿No es verdad que formamos una estupenda pareja y que mi marido el mayor tiene una espléndida planta de hombre?».

17

—¡Venga! —me gritó el mayor—. ¡Si la pequeña *mensahib* puede hacerlo, usted también puede! ¡Cincuenta vueltas a la cubierta son solo cuatro millas!

—Hermosa mañana —murmuré cuando pasaron corriendo—. Un día espléndido.

Un par de horas más tarde, me encontraba desayunando en el comedor, sentado frente al mayor y su pequeña *mensahib*, y el saber que no hacía mucho había visto a aquella pequeña *mensahib* sin nada encima me producía escalofríos. Mantuve la cabeza baja, pretendiendo ignorar que estaba allí.

—¡Eh! —voceó el mayor de repente—. ¿No es usted el joven que tenía la cabeza fuera del ojo de buey esta mañana?

—¿Quién, yo? —murmuré, sin levantar la nariz del plato de cereales.

—¡Sí, usted! —voceó el mayor triunfante—. Yo no olvido nunca una cara.

—Yo... yo trataba solo de respirar un poco de aire —tartamudeé.

—Más que eso, estaba usted viendo un buen espectáculo —dijo el mayor, sonriendo—. ¡Le estaba echando un vistazo a la *mensahib*!

Los ocho que se sentaban a nuestra mesa enmudecieron de repente. Noté que me ardían las mejillas.

18

—No le culpo —prosiguió el mayor, guiñándole un ojo ostensiblemente a su mujer. Era su turno de sentirse orgulloso y galante—. La verdad es que no le culpo en absoluto. ¿Le culparían ustedes? —preguntó, dirigiéndose al resto de los comensales—. Después de todo, solo somos jóvenes una vez y, como dice el poeta... —hizo una pausa, dedicando a su espantosa mujer otro guiño descomunal—, una cosa hermosa es una alegría para siempre.

—¡Oh, cállate, Bonzo! —exclamó la esposa, encantada.

—En Allahabad —dijo el mayor, mirándome a mí ahora— tengo por principio jugar media docena de *chukkas*¹ todas las mañanas antes de desayunar. Usted sabe que eso no se puede hacer a bordo de un barco. Por eso tengo que hacer ejercicio de otra forma.

Traté de imaginarme cómo sería aquel juego de lanzamiento².

¹ *Chukka*: en el juego del polo, periodo en que la pelota está en movimiento (N. del T.).

² Juego de palabras entre *chukka* (en el juego del polo) y *chucker* (lanzador) que se pronuncian prácticamente igual (N. del T.).

—¿Por qué no puede hacerlo? —pregunté, desesperado por cambiar de tema.

—¿Qué es lo que no puedo hacer? —inquirió el mayor.

—Practicar algún tipo de lanzamientos en el barco —respondí.

El mayor era uno de esos hombres que mastican las gachas de copos de avena. Me miró con sus ojos vidriosos gris claro, masticando lentamente.

—Supongo que no intentará decirme que no ha jugado al polo en su vida —dijo.

—Al polo —dije—. ¡Ah, sí, claro, al polo! En la escuela solíamos jugarlo en bicicleta con palos de *hockey*.

La mirada del mayor se tornó bruscamente en un fulgor feroz y dejó de masticar. Me miró con tal desprecio y horror, y su rostro enrojeció de tal forma, que pensé que iba a sufrir un ataque de apoplejía.

Desde entonces, ni el mayor ni su mujer quisieron saber nada de mí. Cambiaron de mesa en el comedor y se negaron a saludarme cuando nos tropezábamos en cubierta. Me habían encontrado culpable de un crimen enorme e imperdonable. Me había burlado, o así lo creían ellos, del juego del polo, el deporte sagrado de los angloíndios y de la realeza. Eso solo lo podía hacer un patán.

Estaba también la anciana señorita Trefusis, que se sentaba muy a menudo a la misma mesa del comedor que yo. La señorita Trefusis era toda huesos y pellejo gris y, cuando caminaba, inclinaba el cuerpo hacia delante como un *boomerang*. Me contó que poseía una pequeña plantación de café en las montañas de Kenya y que había

conocido muy bien a la baronesa Blixen. Yo había leído y disfrutado con *Lejos de África* y *Siete cuentos góticos*, y escuché subyugado todo lo que me contó la señorita Trefusis de esa magnífica escritora que firmaba sus obras con el nombre de Isak Dinesen.

—Era una excéntrica, por supuesto —dijo la señorita Trefusis—. Como todos los que vivimos allí, al final se convirtió en una persona completamente rara.

—Usted no es una excéntrica —dije.

20

—¡Oh, sí, lo soy! —aseguró firmemente y muy seria—. Cualquiera de este barco es tan raro como un budín de pasta relleno de carne. Usted no lo nota porque es joven. La gente joven no es observadora. Solo se preocupan de sí mismos.

—La otra mañana vi al mayor Griffiths y a su mujer corriendo desnudos por la cubierta.

—¿A eso le llama extravagancia? —inquirió la señorita Trefusis con un bufido—. Eso es normal.

—No lo creía así.

—Muchacho, se llevará usted unos cuantos sobresaltos hasta que se haga mayor, recuerde lo que le digo. La gente se vuelve bastante chiflada cuando vive demasiado tiempo en África. Allí es donde se dirige usted, ¿no es así?

—Sí —dije.

—Se volverá chiflado, sin duda —dijo—, como el resto de nosotros.

En aquella ocasión se estaba comiendo una naranja y caí de pronto en la cuenta de que no se la comía

de la forma habitual. En primer lugar, la cogió del frutero con el tenedor, en lugar de cogerla con los dedos. Luego, con la ayuda del tenedor y del cuchillo, practicó unas primorosas incisiones en la piel, alrededor de la naranja. A continuación, empleando las puntas del cuchillo y el tenedor, desprendió delicadamente la piel en ocho trozos, quedando lindamente expuesta la fruta pelada.

—¿Siempre pela usted las naranjas así? —pregunté.

—Naturalmente.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Yo nunca toco con los dedos lo que como —dijo.

—¡Gran Dios! ¿De verdad?

—Nunca. No lo hago desde que tenía veintidós años.

—¿Hay alguna razón para ello? —le pregunté.

—Claro que la hay. Los dedos están sucios.

—Pero usted se lava las manos.

—No los esterilizo —dijo la señorita Trefusis—. Ni usted tampoco. Están llenos de microbios. Los dedos son cosas repugnantemente sucias. Piense solo en lo que hace con ellos.

Me puse a pensar en las cosas que yo hacía con los dedos.

—No le agrada pensar en eso, ¿no? —dijo la señorita Trefusis—. Los dedos no son más que herramientas. Son las herramientas de jardinería del cuerpo, las palas y las horquillas. Los metemos en todas partes.

—Parece que sobrevivimos —indiqué.

—No por mucho tiempo —dijo melancólicamente.

La observé comiéndose la naranja, separando los pequeños trozos de piel, uno tras otro, con el tenedor. Podría haberle dicho que el tenedor tampoco estaba esterilizado, pero no dije nada.

—Los dedos de los pies son aún peor —añadió de repente.

—¿Perdón?

—Son lo peor de todo —dijo.

—¿Qué tienen de malo los dedos de los pies?

22 —¡Son la parte más sucia del cuerpo humano! —exclamó vehementemente.

—¿Más que los dedos de la mano?

—No hay comparación —dijo, como un estallido—. ¡Los dedos de las manos son asquerosos y sucios, pero los de los pies...! ¡Los de los pies son como reptiles venenosos! ¡No quiero hablar de ellos!

Yo estaba un poco desconcertado.

—Pero uno no come con los dedos de los pies —dije.

—Nunca he dicho que usted lo hiciese —replicó bruscamente la señorita Trefusis.

—Entonces, ¿qué hay de terrible en ellos? —insistí.

—¡Uf! —exclamó—. Son como pequeños gusanos que salen del pie. ¡Los odio, los odio! ¡No soporto verlos!

—¿Cómo se corta entonces las uñas?

—Yo no lo hago —dijo—. Me las corta mi chico.

Me pregunté por qué era «señorita» si había estado casada y había tenido un chico. Quizá fuera ilegítimo.

—¿Qué edad tiene su hijo? —pregunté, tanteando con cuidado.

—¡No, no, no! —elevó la voz—. ¿Es que no sabe usted nada? Un «chico» es un criado nativo. ¿No lo aprendió cuando leyó a Isak Dinesen?

—¡Ah, sí, claro! —exclamé, recordándolo.

Cogí distraídamente una naranja y me dispuse a pelarla.

—No —dijo la señorita Trefusis, estremeciéndose—. Pillará algo si hace eso. Use el cuchillo y el tenedor. Vamos, inténtelo.

Lo intenté. Resultaba gracioso. Producía cierta satisfacción cortar la piel hasta la profundidad apropiada y separar luego los segmentos.

—Ya lo ve —dijo ella—. Lo ha hecho bien.

—¿Da empleo a muchos «chicos» en su plantación de café? —le pregunté.

—Unos cincuenta.

—¿Van descalzos?

—Los míos, no —dijo—. Para mí no trabaja nadie sin zapatos. Me cuesta una fortuna, pero vale la pena.

Me agradaba la señorita Trefusis. Era impaciente, inteligente, generosa e interesante. Presentía que siempre me prestaría su ayuda, mientras que el mayor Griffiths era superficial, vulgar, arrogante y adusto, la clase de hombre que dejaría que te devoraran los cocodrilos. Sería capaz incluso de arrojarte a ellos. Por supuesto, los dos estaban completamente chiflados. Todos los que iban en el barco estaban chiflados, pero ninguno, como luego se vio, lo estaba tanto como mi compañero de cabina, U. N. Savory.

El primer signo de su chifladura se me reveló una tarde, mientras nuestro barco se dirigía de Malta a Port

Said. Había hecho una tarde de calor sofocante y yo estaba descansando un rato en mi litera superior, antes de vestirme para la cena.

¿Vestirme? ¡Oh, sí, por supuesto! Todos nos vestíamos para cenar cada noche que pasamos a bordo de aquel barco. El forjador del Imperio varón, tanto si acampa en la selva o está en el mar en un bote de remos, se viste siempre para cenar y, al decir esto, me refiero a camisa blanca, corbata de lazo negra, chaqueta de esmoquin, pantalones negros y zapatos negros de charol; de punta en blanco y al infierno el clima.

24

Seguía en mi litera con los ojos entrecerrados. Debajo de mí se estaba vistiendo U. N. Savory. En la cabina no había espacio suficiente para que nos vistiéramos al mismo tiempo, por lo que nos turnábamos para ser primero uno cada vez. Esa noche le tocaba a él ser el primero. Se había anudado la corbata de lazo y se estaba poniendo la chaqueta de esmoquin negra. Yo le observaba medio adormilado, a través de los ojos entrecerrados, y le vi rebuscar en su esponjera y sacar una cajita de cartón. Se colocó delante del espejo del lavabo, quitó la tapa de la cajita y tomó con los dedos una pizca de un polvo o cristales blancos, que procedió a esparcir con mucho cuidado sobre los hombros de su chaqueta. Luego tapó la cajita y volvió a dejarla en la esponjera.

De pronto me puse en guardia. ¿Qué demonios tramaba el hombre? No quería que supiera que le había visto, por lo que cerré los ojos y fingí estar dormido. Pensé que era un asunto extraño. ¿Por qué se echaría U. N. Savory unos polvos blancos en los hombros de la chaqueta? Y, en cualquier caso, ¿qué sería? ¿Sería algún sutil perfume o

algún seductor afrodisíaco? Aguardé hasta que abandonó el camarote y, entonces, sintiéndome solo un poco culpable, descendí de la litera y abrí su esponjera. En la cajita se leía «sulfato de magnesio». ¡Y era sulfato de magnesio! ¿Para qué se habría espolvoreado sulfato de magnesio en los hombros? Pensaba que era un bicho raro, un hombre con secretos, aunque no había podido averiguar cuáles. Bajo su litera guardaba un baúl forrado de hojalata y un estuche de cuero negro. El baúl no tenía nada de extraño, pero el estuche me intrigaba. Era aproximadamente del tamaño de un estuche de violín, pero la tapa no era combada, ni tenía forma ahusada. Era, simplemente, una caja rectangular de cuero, de unos noventa centímetros de largo, provista de dos resistentes cerraduras de latón.

—¿Toca usted el violín? —le pregunté una vez.

—No sea ingenuo —me contestó—. Yo no toco ni el gramófono.

Quizá contuviera un rifle desmontado, me dije. Tenía el tamaño apropiado.

Dejé la cajita de sulfato de magnesio en la esponjera, me di una ducha, me vestí y subí a beber algo antes de la cena. Había un taburete libre en el bar y pedí un vaso de cerveza. En la barra había ocho de aquellos tipos vigorosos y tostados, incluido U. N. Savory, sentados en taburetes. Estos estaban clavados en el suelo. La barra era semicircular, de forma que cualquiera podía hablar con los demás. U. N. Savory se sentaba cinco lugares apartado de mí. Estaba bebiendo un *gimlet*, que era el nombre que los forjadores del Imperio daban a la ginebra con zumo de lima. Me

senté escuchando lo que charlaban de la caza del jabalí con lanza, del polo y de que el *curry* curaba el estreñimiento. Me sentí un completo extraño. No había nada que yo pudiera aportar a la conversación, así que dejé de escuchar y me concentré intentando resolver el misterio del sulfato de magnesio. Miré a U. N. Savory. Desde donde yo estaba divisaba los diminutos cristales blancos en sus hombros.

Entonces sucedió una cosa graciosa.

26

U. N. Savory comenzó a quitarse de repente los cristallitos de sulfato de magnesio de uno de sus hombros con la mano. Lo hizo ostensiblemente, sacudiéndose con fuerza el hombro y diciendo al mismo tiempo con voz bastante alta:

—¡Caspa! ¡Estoy lleno de ella! ¿Conoce alguno de ustedes un buen remedio?

—Use aceite de coco —dijo uno.

—Aguardiente de laurel y cantáridas —dijo otro.

Un cultivador de té de Assam, llamado Unsworth, dijo:

—Créame, amigo, lo que tiene que hacer usted es estimular la circulación en el cuero cabelludo. La forma de hacerlo es sumergir el pelo en agua helada todas las mañanas y mantenerlo así durante cinco minutos. Luego, séqueselo vigorosamente. De momento tiene usted un pelo excelente, pero se quedará tan calvo como una bola de billar en nada de tiempo si no evita la caspa. Haga lo que le digo, amigo.

U. N. Savory tenía efectivamente una espléndida cabellera negra, así que ¿por qué demonios fingía tener caspa si no la tenía?

—Muchas gracias, amigo —dijo U. N. Savory—. Lo probaré a ver si da resultado.

—Lo dará —dijo Unsworth—. Mi abuela se curó la caspa de esa forma.

—¿Su abuela? —preguntó alguien—. ¿Tenía caspa?

—Cuando se peinaba —dijo Unsworth— parecía que estaba nevando.

Por centésima vez me dije que todos ellos, sin excepción, estaban total e irremediamente chiflados, pero empezaba a pensar que U. N. Savory los ganaba a todos.



Canal de Suez, cerca de Ismailia